

LA RESISTIBLE ASCENSIÓN DE ZP

Por utilizar la terminología de Pascual Maragall habría que decir que desde que Zapatero llegó al poder no ha dejado de avanzar un solo día “la concepción catalana” de España. Dicho en términos eufemísticos, se ha ido imponiendo la institucionalización de una España plural; dicho en términos más concretos, se ha ido pasando del sistema de las autonomías constitucional a un modelo plurinacional del Estado, y dicho de un modo más gráfico, pero no por ello menos científico, se ha perpetrado la ruptura de la Nación española.

Antes de ayer fue el reconocimiento de la “nación” catalana por las Cortes y por el pueblo catalán mediante un Referéndum; ayer lo ha sido la “realidad nacional” andaluza; mañana tendremos la “nación” gallega (de cuya formulación ya nos llegan los acuerdos entre el PSOE, el BNG y el PP) y pasado mañana tendremos que enfrentarnos al nuevo Estatuto vasco con el que se pretenderá articular algo así como un Estado libremente asociado. Es claro que las posiciones del PP son nítidamente opuestas a las del PSOE en relación con las “soluciones” de éste en los casos del País Vasco y Cataluña, si bien la aceptación de la propuesta de los cambios de Estatutos ha supuesto una caución para el proceso general defendido por el PSOE. Quiero decir que, fiel a sus principios en relación con el Régimen de las Autonomías, el PP debería haberse negado a entrar en los cambios de estatutos. ¿Acaso no ha estado siempre en contra de la superación del régimen de las Autonomías? A mi entender no había que hacer depender la aprobación de determinados

César Alonso de los Ríos es periodista y ensayista.

estatutos de las relaciones de fuerzas en cada uno de los territorios porque, en definitiva, se terminaba por secundar la estrategia de Zapatero. Es cierto, como digo, que el PP ha mantenido unas posiciones nítidas en los casos más graves, más lesivos para el funcionamiento del Estado y para la “indisoluble unidad” de la patria.

Porque, en efecto, queda por desollar el rabo, esto es, la sustitución del Estatuto de Guernica por otro nuevo que, en realidad, será la coronación del “proceso de paz”, esto es la concesión de la autodeterminación de una parte del territorio español. En este punto estamos ya ante la ruptura no ya de la Nación sino del Estado, uno de cuyos elementos sustanciales es el territorio. Tanto es así que en este caso pasa a segundo término el debate sobre la inclusión del término nación. Los nacionalistas vascos hablan de un Estado independiente que podría estar libremente vinculado al español y por lo mismo hablan del “pueblo” vasco como sujeto histórico. Es decir, la comunidad euskaldún.

Pero, como digo, eso pertenece a la resolución del “proceso de paz”, bloqueado en los momentos en que escribo esta crónica. En crisis aunque no muerto. Las noticias que llegan de Moncloa son de mantenimiento de las negociaciones y de confianza en la recuperación, aunque se reconocen las dificultades. Pero, ¿acaso no había anunciado Zapatero que se trataba de un empeño “largo, duro y difícil”? De vez en cuando tiene que recordarlo a los olvidadizos dirigentes del PP.

El resultado de las elecciones catalanas y las dificultades que está atravesando el “proceso de paz” están permitiendo que algunos analistas hablen del fracaso de Zapatero. ¿No es conmovedor tanto optimismo? Vayamos por partes.

EL NUEVO “ESTATUT”

Sin restar importancia a las contradicciones que haya podido suponer para Zapatero el extrañamiento de CiU, parece obvio que los socialistas catalanes han podido superar la pérdida de los cinco escaños y formar gobierno. En

estos momentos, con Montilla al frente del Gobierno es demasiado voluntarioso confesar que se trata de una “derrota” de Zapatero. Cualquier otra interpretación es ganas de consolarse.

Pero incluso antes de entrar en la interpretación de los resultados de las elecciones catalanas, este cronista propone modestamente que en adelante no llamemos “autonómicas” a unas elecciones que no tienen que ver con el sistema de las Autonomías, ya que se han celebrado no en una “nacionalidad” sino en una “nación” aprobada por las Cortes y mediante un referéndum popular. Yo sé que es duro renunciar al lenguaje que hemos venido utilizando durante las tres últimas décadas y con el que ya nos habíamos reconciliado, y adaptarnos al que requiere el nuevo modelo de Estado que estamos levantando a propuesta de José Luis Rodríguez Zapatero. La realidad es que estamos haciendo saltar por el aire el régimen de las autonomías y estamos levantando el modelo plurinacional. En tan sólo un par de años. Como corolario de la victoria del 14-M. Es verdad que deberán sustanciarse los recursos interpuestos ante el Tribunal Constitucional, pero me atrevo a decir aquí mismo que nadie va a echar para abajo lo votado en las Cortes y lo refrendado por el “pueblo” catalán –por un tercio de los ciudadanos, es cierto–. Como es cierto que nunca una “nación” surgió de forma tan patética. Con tan escaso apoyo popular. Menos que en el caso de Montenegro. Pero “nación” al fin y al cabo. Los nacionalistas son conscientes de que el sueño de Rovira i Virgili, Prat de la Riba e incluso Cambó era tan ambicioso que ya era un acto heroico sacarlo por los pelos. Maragall se retira pero ha subido el listón conseguido por Jordi Pujol. Él ha sido el autor de la hazaña. Sin sangre. Sin traumas. Y gracias al Partido Socialista Obrero Español siendo presidente del Gobierno español y jefe del partido José Luis Rodríguez Zapatero.

¿Cabe hablar, ante esta realidad, de fracaso de éste y del Partido Socialista?

Recordaba Rovira i Virgili en su libro *El nacionalismo catalán* las reivindicaciones esenciales del movimiento independentista tal como habían aparecido en el número de julio de 1916 de la revista *España*:

- 1) Estado catalán autónomo, soberano en el régimen de la vida interior de Cataluña.

- 2) Parlamento o Asamblea legislativa catalana, responsable luego ante el pueblo catalán.
- 3) Poder ejecutivo o Gobierno catalán, responsable sólo ante la Asamblea.
- 4) Vigencia del Derecho catalán, el cual tendrá en la Asamblea su órgano de renovación.
- 5) Poder judicial catalán, con un Tribunal Supremo que falle en última instancia las causas y pleitos dentro de Cataluña.
- 6) Oficialidad de la lengua catalana, y libre uso del idioma catalán en todos los actos privados y públicos.
- 7) Unión federativa española o ibérica, regida por un poder central que tenga a su cargo las relaciones exteriores, las relaciones entre los Estados federados, el ejército y la marina, las comunicaciones generales, la moneda, las pesas y medidas, el comercio, las aduanas, etcétera.

Después de este recordatorio se preguntaba Rovira i Virgili sobre el separatismo. ¿Es acaso una fábula? Y se contestaba: si los “castellanos” no se avienen a la aceptación de las condiciones del nacionalismo federalista tendrán que recurrir a la vía de la separación: “si los nacionalistas catalanes hallan abierto el camino de la autonomía, este camino es el que seguirán. Si lo hallan cerrado, si han de escoger, aunque sólo sea en sus sentimientos y en sus aspiraciones íntimas, entre dos caminos, el de la perpetuación del régimen actual y el de la separación, elegirán el último”.

Lo que no podía sospechar el teórico del nacionalismo es que esa encrucijada que se planteaba a finales de los años veinte del siglo XX iba a quedar resuelta por un partido de izquierdas. Nadie podría haber imaginado que el partido de Pablo Iglesias, obrero y español, llegaría a sumarse un día, casi un siglo después, a las reivindicaciones separatistas. Éste ha sido el secreto de que el Estatuto promovido y concedido por la dirección del Partido Socialista y desde la Presidencia del Gobierno sea un Estatuto de ensueño. Así que la respuesta de los “castellanos” no sólo no ha sido negativa sino que se ha acomodado, sin tensiones, desde luego sin violencia, a las aspiraciones más exigentes de los sucesores de Almirall y Torres i Bages.

¿Por qué en unas condiciones tan favorables el autonomismo no da el paso definitivo hacia el “separatismo”? Por un hecho fácilmente comprensible: a los nacionalistas no les interesa la independencia en estos comienzos del siglo XXI en los que, por otra parte, Cataluña ya no es la locomotora de la economía española. Si los catalanes han estado aquejados siempre de “hamletismo” (ser o no ser, independizarse o no independizarse, ésa es la cuestión) en las nuevas circunstancias lo tienen claro: no sólo necesitan el mercado español como en los tiempos del proteccionismo, sino los Presupuestos Generales del Estado para financiar su calidad de vida.

Zapatero ha sido el castellano-leonés que no sólo no ha entendido las razones de los catalanistas sino que las ha hecho suyas en la medida que ha convertido a éstos en sus aliados para la conquista del poder. El papel del “castellano” tradicional lo representan ahora las gentes del PP.

SIGUE EL TRIPARTITO

En este contexto, ¿cabría hablar de una derrota de los socialistas al valorar el resultado de las elecciones catalanas? La influencia de Zapatero en una gran parte del periodismo es tal que los analistas se empeñaron en conceder una gran victoria a CiU porque entendían que éste es el resultado más beneficioso para Zapatero. Esperaban que el PSC se convirtiera en el socio de CiU de tal modo que, una vez conseguido el Estatut, Zapatero pudiera contar con la presencia de los socialistas en el poder en una Generalidad presidida por Artur Mas. Parecía más presentable un Gobierno en el que desapareciera ERC. En definitiva, las primeras elecciones de la nueva “nación” catalana tenían que demostrar un gran sentido de la responsabilidad “estatal”.

En pocas ocasiones politólogos y periodistas han hecho tanto el ridículo al pretender arrastrar la realidad a sus deseos. Así que la pérdida de los cinco diputados del PSC no iba a impedirle a éste volver a formar gobierno con los mismos socios con los que había gobernado durante tres años. Ahora en vez de tripartito convendría llamarle “entesa” y de “progrés” en vez de calificarlo de izquierda. Maragall pasa a la Historia de Cataluña (con

mayúsculas) y Montilla avanza en la línea plurinacional clave en la estrategia global de Zapatero.

¿Fracaso de Zapatero? Si acaso, la victoria de los socialistas tiene una nubecilla. Se agrían las relaciones entre Zapatero y CiU. Momentáneamente. Zapatero puede demostrarle sin gran esfuerzo a Artur Mas que no se puede negar al tripartito el derecho a gobernar cuando tiene la mayoría absoluta mientras a CiU le faltaban veinte escaños para tenerla. ¿Quién puede renunciar al poder en estas condiciones? La coalición que verdaderamente fracasó en las elecciones catalanas fue CiU, que sacó ocho diputados menos que Pujol en su peor momento.

Pero el error en la valoración de los resultados electorales no fue únicamente el de los afectos a Zapatero en Madrid. También el de la dirección del PP. Creyeron en que CiU barrería y se ofrecieron al pacto antes de tiempo, y aun después se siguen negando a considerar que la pérdida de un escaño cuando uno está bajo mínimos es mucho más grave que perder cinco diputados cuando se ha gobernado durante tres años y, al tiempo, se ha tenido que redactar un Estatut antipopular y antiespañol.

La aparición, por otra parte, de “Ciutadans” es objetivamente una operación montada por los socialistas para cortar de raíz las posibilidades de recuperación del PP.

Como he señalado, la “victoria” de CiU fue un deseo de los socialistas del resto de España. Les gustaría que la marcha del Estatut estuviera gestionada por una formación más razonable. Lo que quiere decir que les gustaría que el Estatut se consolidara como primer ensayo que es del Estado confederal. No ha sido así. El futuro va a ser muy amargo y habrá que apurar el cáliz hasta el final.

Por otra parte, a los socialistas del “resto” de España y a los comunicadores próximos les habría gustado comprobar que la autonomía del PSC es un invento. Que no es verdad aquello que repetía hasta la saciedad Maragall respecto al pacto fundacional entre el PSC y el PSOE. Lo recordó duramente Nadal cuando en una ocasión preguntó retóricamente

cuántos serían los diputados del PSOE en el Parlamento español si se les restase los del PSC.

EL PROCESO DE PAZ

En los días previos al cierre de esta crónica se ha confirmado la situación de bloqueo del “proceso de paz”. Comenzaron denunciándolo los portavoces de Batasuna: Barrena y Otegi. Por fin lo han aceptado miembros del Gobierno y del Partido en el poder. El reconocimiento ha llegado a partir de hechos tan contradictorios con el alto el fuego como el robo de armas en Francia, las terribles escenas de *Chapote* en la jaula de cristal de la Audiencia Nacional, las amenazas de los encausados a los magistrados, los asaltos de sedes de partidos, la continuación de la “kale borroka” y el intento de quema a dos policías municipales... La represión continúa, denuncian los dirigentes de ETA, lo que contradice el clima de distensión necesario para unas negociaciones de paz.

Sin duda el primer fallo del proceso de paz consistió en el hecho nada despreciable que supuso reconocer que el Gobierno y Batasuna estaban en unas “conversaciones” o “contactos” encaminados a trazar un plan: la constitución de unas mesas partidarias y la legalización de Batasuna. Al pasar de la fase de la clandestinidad se abría una vía de publicidad, de relación con la sociedad. No reconocible por parte del Gobierno y del Partido Socialista pero sí de los terroristas. Quiero decir que, a partir de ese salto Batasuna iba a comenzar a hacer declaraciones públicas como una de las partes mientras ETA comenzaba una línea de comunicados que venían a acorralar al Gobierno.

A Zapatero le habría convenido la discreción total cuando no la clandestinidad. Era una condición no admitida por ETA. Los terroristas tienen su público y, en todo caso, les conviene dejar claros los compromisos a los que llega con los interlocutores del Gobierno. No es el estilo de ZP. Menos directo que el de los terroristas. Más sinuoso. En los comienzos Blanco, Rubalcaba y el propio Zapatero intentaron contrapesar los mensajes de ETA acudiendo a su credibilidad frente a la de ETA; pero, ¿acaso no han sido ellos mismos quienes han elegido como interlocutores a los etarras?

¿Quién ha calificado como la representación de la paz a Otegi sino el propio Zapatero? En esa tesitura, ¿cómo no confiar en él? En una palabra, ¿por qué no habría que tener en cuenta a la “otra parte” en las negociaciones?

El “proceso de paz” ha entrado en una fase en la que valdrá el oscurantismo. En todo caso, éste funcionará cuando les convenga a las dos partes.

Pero, ¿en función de qué condiciones vulneradas ha quedado bloqueado el proceso para ETA?

La respuesta nos la han dado los partidos nacionalistas vascos y el Gobierno del PNV. Según éstos las relaciones con los terroristas deberían constituir una excepción al Estado de Derecho. Dicho de otro modo: nunca se podría perseguir a Imaz o a Patxi López por mantener negociaciones con Otegi o Barrena o con cualquier dirigente de ETA. El fin de las negociaciones debería ser objeción suficiente para impedir la acción del fiscal y de los jueces. Se pide, por tanto, un tratamiento de excepcionalidad. Se trata de una propuesta cuya admisión por parte de los representantes del Estado de Derecho llevaría a la legalización de las mesas de negociación propuestas por Otegi. En definitiva, se estaría aceptando la existencia de Batasuna sin la legalización previa.

Quizá por esta razón Batasuna no ha querido cumplir con las formalidades que le impone la Ley de Partidos. No quieren dar el brazo a torcer porque se encuentran legitimados para negociar sin tener que cambiar de estatus. Ni de nombre. Saben que el Gobierno necesita llevar el “proceso de paz” hasta el final, ya que es la parte fundamental de su estrategia, y pretenden sacar todo el rendimiento posible.

Es más: para ETA no se trata tan sólo de una relación de fuerzas que entienden como favorable para ellos, sino que saben que Zapatero está convencido de que ETA es la heredera respetable de un movimiento de contestación que comenzó en 1959 y que fue llevado por el franquismo a la utilización de la violencia. Una violencia “defensiva” en la mentalidad del “rojo Zapatero”. Como en su día lo pensó Alfonso Sastre. Así que para ETA el Presidente del Gobierno terminará concediendo todo lo que se le

pida con tal de llevar adelante el fin de un enfrentamiento que nunca debió darse. En definitiva, está interiormente rendido. Después de tantos años de oscuridad, ETA ve la luz. Puede, al fin, salir victoriosa. No derrotada.

Éste es, a mi entender, el segundo fallo grave por parte de los estrategas del PSOE: no han sabido administrar bien su propensión a la rendición. Lo han dejado muy claro. Quieren llegar a la paz a cualquier precio.

El tercer fallo de Zapatero ha sido el de minusvalorar el Estado de Derecho. Los Rubalcaba y Alonso pensaron que con el servilismo del Fiscal General del Estado y la obsequiosidad hasta la náusea de Garzón y la Audiencia Nacional, sería posible sortear las instituciones. Habida cuenta del relativismo moral de la sociedad española y de la ausencia de una fuerte conciencia democrática, las transgresiones de las normas, las violaciones de la Constitución, el golpismo permanente no pasarían de constituir problemas técnico-jurídicos. El escándalo de hoy queda tapado por el de mañana y éste por el del día siguiente, y la inmensa secuencia de perversiones llega a crear una costra en las conciencias de los ciudadanos escasamente cívicos.

A pesar de todo, al Estado de Derecho aún le quedan algunos guardianes. Aparecen jueces independientes. Se planta el Tribunal Supremo, que no se detiene ante Atutxa y ordena que la Guardia Civil entre en los archivos de las “herriko-tabernas”. Las víctimas son el bastión que no han podido derribar el Gobierno y Gregorio Peces Barba. Y está el Partido Popular, sin cuyo apoyo el “proceso de paz” es –terminará siendo– una locura. Las dejaciones imperdonables del PP al entrar en la propuesta de los cambios de Estatutos, claves para la estrategia de Zapatero, no han llegado afortunadamente al extremo de colaborar con el proceso de paz. A partir de esa decisión de la dirección del PP es el PSOE el partido que está solo. No es el PP el que tiene que caminar en la soledad sino el PSOE, ya que el acompañamiento de los nacionalistas no es sino un dato en contra. Éste es el cuarto fallo de Zapatero.

Dicho todo esto, se equivocan quienes piensan que ETA lleva al PSOE del roncal. Eso supone un desconocimiento de la personalidad de Zapatero

que a algunos les gustaría reducir a un loco o a un oligofrénico. Zapatero es, más bien, la representación del progresismo en estado puro. Trata de disolver la realidad nacional española porque no cree en la idea de España ni de su realidad histórica y sabe, además, que la destrucción de la nación es la mejor garantía para liquidar todas las libertades y las creencias que vienen vinculadas a ella, a la tradición cristiana, a la civilización occidental. Como se puede observar, la coherencia de la política de Zapatero es llamativa. Forma un todo coherente. Desde la antiglobalización al populismo, desde el palestinismo al antiamericanismo. Es posible que en ocasiones ETA quiera imprimir un ritmo más acelerado al proceso, pero éste aparece como el remate de la estrategia que puso en marcha al poco tiempo de su ascensión a la jefatura del Partido Socialista. Por esa razón resulta lamentable que el PP no se opusiera de forma radical a la propuesta de los cambios de Estatutos.

En este punto de bloqueo del “proceso de paz” el cronista no desprecia la posibilidad de un adelanto a las elecciones. Como escribí en *ABC*, Zapatero necesitaría que la sociedad española le concediera un cheque en blanco para dar continuidad al proceso, esto es, para cometer algunas transgresiones escandalosas que en estos momentos resultarían decisivas. La necesidad de un adelanto de las elecciones generales es tanto mayor cuanto mayores son los riesgos de ruptura del “proceso de paz” por parte de ETA. Si tal cosa sucediera (si hubiera algún atentado mortal) el Gobierno habría fracasado. En este sentido cunde el desánimo en los medios oficiales. Por otra parte, la temeridad de las políticas de Zapatero en relación con el País Vasco puede llegar a afectar a una parte del electorado socialista en el caso de que éste no pueda tapar su relativismo moral con el gancho que supone la esperanza de la “paz”. Si para ETA el “alto el fuego” no le está reportando contrapartidas mientras para el electorado socialista las violaciones del Estado de Derecho no tienen una justificación visible, es evidente que está fracasando el “proceso de paz” como fórmula. Personalmente tengo la impresión de que está creciendo la desconfianza del electorado socialista en relación con la estrategia de Zapatero hasta el punto de que se teme que éste no tiene ya capacidad para desbloquear el proceso y que –por tanto– éste puede estallar en cualquier momento.

En estas circunstancias el Gobierno podría adelantarse con la convocatoria de unas elecciones legislativas en las que pediría al electorado un voto de confianza mediante el que pudiera tomar decisiones tan arriesgadas como necesarias para llevar adelante de forma definitiva el “proceso” y de ese modo poder superar las dificultades que le está planteando el Partido Popular.

Una llamada angustiada en nombre de la “paz”. Un cheque en blanco.